



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 50.

JUEVES 11 DE FEBRERO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL ARTE DRAMATICO ENTRE LOS SIAMESES.—LA ROSA DE IVRY (Conclusion).—EL COMPROMISO DE CASPE (Continuacion).—LA ALDEA DE DAGANA.—LA LIMOSNA.—LA ISLA PICTON.—EN EL CAMPO, por Augusto Jerez Perchet.—NOCTURNO: el rey Harald Harfagar, por Enrique Heine.—¿QUIEN ES ELLA? letrilla, por Adolfo Miralles de Imperial.—CUENTOS MORALES: Zuma ó el descubrimiento de la Quinina, por Madama de Genlis.—EL PREMIO, wals, por Florencio Lahoz.

EL ARTE DRAMÁTICO ENTRE LOS SIAMESES.

Los naturales de Siam no son ajenos á los placeres del teatro. Entre ellos existe tambien el arte dramático; pero con una diferencia respecto del teatro europeo, y es la de que este progresa rápidamente mientras que el teatro siamés se halla sujeto á las vicisitudes que sufren todas las instituciones en los pueblos del extremo Oriente: así que ha llegado á cierto grado, á un término medio entre la ruda sencillez de los primeros ensayos y las modificaciones pueriles de las civilizaciones mas adelantadas, se ha detenido y de él no pasará sino con una condicion, la de perder su originalidad.

Hé aquí lo que decia en este particular el Embajador de Luis XIV, Mr. La Loubere, en 1688: «Los siameses tienen tres especies de espectáculos dramáticos. El que conocen con el nombre de *Cone* es una danza con orquesta de violon y otros instrumentos. Los bailarines aparecen enmascarados y armados, y representan, mas bien que un baile un combate; y aunque todo se reduce á movimientos exagerados y posturas estravagantes, pronuncian de tiempo en tiempo algunas palabras. La mayor parte de las máscaras que les cubre el rostro son repugnantes, y representan, ó bestias monstruosas, ó diablos de varias clases. El espectáculo que llaman *Lacone* es un poema en que interviene lo épico y lo dramático y dura tres dias desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche. Son historias en verso, muy serias y cantadas por algunos ac-

tores siempre presentes, y que cantan sucesivamente.

»Uno de ellos hace el papel del historiador, y los demás los de los personajes que en la historia entran; pero todos son hombres, y ninguna mujer toma parte en el espectáculo.

»El *Rabam* es una doble danza de hombres y de mujeres; no es danza guerrera, sino galante. Unos y otros cantan al bailar, lo que pueden hacer sin fatigarse mucho, puesto que la danza no es otra cosa que un paseo en rueda muy lento y sin salto alguno, pero haciendo contorsiones con el cuerpo y los brazos, para lo cual no se hallan enlazados, sino sueltos.

»No obstante, dos hombres entretienen á los espectadores, cambiando entre sí, y en nombre de los bailarines el uno y de las bailarinas el otro, algunas tonterías. Nada de singular ofrecen los trages de los actores; sin embargo, los que danzan en el *rabam* y en el *cone* tienen birretes de papel dorado, altos y puntiagudos y que cubren por los lados hasta mas abajo de las orejas, adornados de piedras falsas, y dos pendientes de madera tambien dorada. El *cone* y el *rabam* tienen lugar siempre en los funerales, y algunas veces en otras ceremonias; al parecer estos espectáculos nada tienen de religioso, en atencion á que está prohibido á los sacerdotes (talapoins) asistir á ellos. El *lacone* sirve principalmente para solemnizar la fiesta de la dedicatoria de los nuevos templos, cuando se coloca en ellos una estatua nueva de su Sommona Codom (Dios) (1).»

Para formar una idea mas exacta del arte dramático entre los siameses, es conveniente agregar á la descripcion, mas sincera que profunda, de La Loubere, la relacion de los espectáculos á que asistió en 1855 el negociador del tratado entre Siam y la Gran Bretaña, sir John Bowring (2).

«Habiendo aceptado la oferta, que nos habia hecho S. M. de ver su teatro, se nos condujo al interior del palacio, en el que, y delante

(1) Du royaume de Siam, 1691.

(2) The kingdom and people of Siam, 1857.

de las habitaciones particulares del rey, se habia construido una plataforma.

»Una horrible vieja aparecia ya acurrucada al pié del tablado; era el apuntador; dirigia y reprendia á los actores en alta voz hasta el punto de que le oíamos distintamente; á veces se adelantaba á gatas para perfeccionar el tocado de los actores, ó para ayudar en el arreglo de los accesorios ó de las flores que adornaban la escena.

»El argumento de la pieza que se representaba era una historia de intrigas de la corte con algunas escenas de amor. Los personajes principales eran un rey, una reina y dos concubinas; no eran menos de 100 los restantes actores que tomaban parte, vestidos con antiguos y ricos trages, muy parecidos á los que se ven en las viejas pinturas chinas; aparecian tambien en las comparsas algunos nobles chinos. El asunto fue recitado por un nuevo coro de cantores, acompañándole diversos instrumentos. Eran estos, bambús de diversas dimensiones con tres agujeros como los de una flauta y una embocadura algo semeiante á la del flageolet: la música era dulce y melancólica.

»Los principales personajes accionaban, pero sin hablar. Compónese la compañía dramática real de jóvenes, la mayor de las cuales no pasa de 15 años, escogidas entre las mujeres ó concubinas del rey, que segun se asegura llegan al número de 600, servidas por otras 2.400 mujeres.

»Abundaban los incidentes en la pieza; en una escena invita el rey á la reina al baño, donde se escitan los celos de ésta con la presencia de sus rivales. Hay multitud de riñas y de reconciliaciones indicadas por la aceptacion ó repulsa de flores. En otra escena se introducen algunos espejos, y la Reina por una parte y por otra sus rivales, se esfuerzan á porfía en hacer resaltar sus respectivos encantos con la mayor coqueteria posible. Hay asimismo ceremonias de corte en que se presentan personajes vestidos con trages de una increíble variedad. Los intermedios son procesiones y danzas.

»Observé que los movimientos de los actores eran siempre lentos, graciosos y proporcionados, y los trajes decentes, aunque á veces se veían los pies desnudos á pesar de la longitud de los ropajes. Admiróme mucho una danza de espada, en la que dos soberanos simulaban un combate; pero cansan luego los esplendores y magnificencia de tal representación, sin que ningun argumento de interés atraiga la atención del espectador.

»Asistí tambien algunos días despues en el mismo palacio á una representación que me ha dejado un recuerdo mas agradable que la primera. Tuvo lugar en un estenso edificio cubierto, en frente del cual se habia colocado un toldo, y debajo de él una mesa y asientos para nosotros etc. Un trono alzado provisionalmente para el rey estaba muy cerca; sentóse en él el monarca vestido desaliadamente, arrodillándose á sus pies una decena de cortesanas, en cuya postura permanecieron hasta la conclusión de la función.

»Gran número de soldados armados, algunos centenares de nobles y otros dignatarios rodeaban el edificio, así como una inmensa multitud de habitantes, desnudos hasta la cintura (como sus amos). Los actores eran del sexo femenino, y casi todas jóvenes: algunas matronas no se habian negado á desempeñar el papel de sacerdotes, guerreros y aun de monos. Tres horribles directoras y apuntadoras dirigian la escena con la voz y con el gesto, y con frecuencia á puñadas: una de ellas tenia á la vista la pieza escrita en letras blancas sobre hojas negras, y por este manuscrito apuntaba á las actrices encargadas de recitar sus papeles. El drama comenzaba por un rapto de un género bastante original: en una selva, á que concurrían damas de alto rango, aparece un mono disforme que arrebató una de ellas, pero es muy pronto rescatada por mediación de un sacerdote de un templo cercano.

»El siguiente acto pasa en la corte de un soberano, donde se ejecutan todas las ceremonias de la vida real con una magnificencia extraordinaria. El rey y la reina llevan en sus dedos láminas de oro de algunas pulgadas de longitud para que figuren las uñas, cuyas dimensiones son, como es sabido, un emblema de la categoría entre los pueblos de origen mongol. Asistimos tambien á una batalla y á la distribución consiguiente de recompensas á los vencedores; al triunfo de un hijo de rey, con cuyo motivo se celebró una gran fiesta y se presentan ofrendas á Bouda etc. Entre otras particularidades, supe que el lenguaje de tales piezas es en extremo figurado: así en ellas se llama una flor *la gloria del mundo*, y un cocodrilo *el hijo del agua*. Esta afición á la hipérbole es tan grande que se encuentra aun en las conversaciones mas familiares de los siameses. Llamán á los niños *ratones*, con la diferencia de categoría, pues si son de condicion elevada, se dirigirán á ellos llamándoles *señor raton* ó *señorita rata*.

»Por fin, despues de cuatro horas de espectáculo, pedí á S. M. permiso para retirarnos, el que nos fue otorgado; pero tales representaciones, segun se dice, se prolongan á veces dos ó tres días seguidos, y hasta las tres ó las cuatro de la mañana de ordinario.»

Despues de lo espuesto, fácil es conocer que en Siam no hay teatros públicos como en Europa. Los siameses tienen la pretension de que los espectáculos corrompen, y que si el adulterio es raro entre ellos, se debe á que las mujeres jamás han asistido á las comedias. En cambio tienen teatros de muñecas, aunque mudas: combates de elefantes, de gallos, regatas, corridas de bueyes, luchas, y sobre todo funciones de saltimbanquis cuya agilidad y destreza alaban de consumo todos los viajeros que han presenciado sus suertes.

Eliano cuenta que en las bodas de Alejandro hubo saltimbanquis indios, que fueron considerados como los mas diestros de todos los artistas de igual clase que tomaron parte en aquella fiesta. Los prestidigitadores de la India y del extremo Oriente no han desmerecido desde

entonces. «He visto algunos en Siam, dice el padre Tachard, que subían hasta la cima de los bambús de 80 á 100 pies de elevación; se quedaban sobre un pié, y se sostenían sobre la cabeza y con los pies al aire. En fin, despues de haberse suspendido por la barba, apoyada en el extremo del bambú sin el auxilio de las manos ni de los pies: bajaban por una escala derecha, haciendo pasar el cuerpo por entre los escalones con la agilidad y destreza de la serpiente.»

La Loubere asegura que estos escalones son sables, cuyo filo está hacia arriba. El gimnasta sube hasta la parte superior de la escala, y baila sobre el último escalon, que es un sable.»

«Otro gimnasta, añade que el padre Tachard, hizo colocar sobre una especie de camilla siete ú ocho puñales con la punta alta, sentóse en ellos, y acostóse luego sin que su cuerpo desnudo sufriese: hizo subir en seguida y ponerse sobre su estómago un hombre obeso, sin que aquellas puntas en contacto inmediato con su carne le hiriesen en lo mas mínimo.»

Otros andan y bailan en un alambre, y dicen que cuanto mas tendido está, mas difícil es sostenerse, porque le dá mas elasticidad la tensión.

Empero lo que consideran mas difícil es subir por el alambre desde el punto en que está atado á la tierra, y bajar de él por uno de los bambús colocados como aspas para sostenerlo; sentarse en el alambre con las piernas cruzadas, sobre las que se coloca una bandeja con comestibles, comer en la misma postura y levantarse en seguida. Tampoco dejan de bailar en la cuerda sin balancin y con babuchas, llevando además pendientes de las piernas sables y cubos de agua.

LA ROSA DE IVRY.

(CONCLUSION.)

Apoyado en el dintel de la chimenea, arreglando el encaje de un puño que nada tenia que arreglar, esperó, antes de dirigirle la palabra que hubiera llegado hasta la mitad del salon.

—¿Deseais hablar conmigo, señorita? Hablad, pues. Por muy agradable que me sea esta entrevista, tengo prisa...

En los labios de un hombre de tanta educación, esto no era meramente una burla, sino una grosería. Enriqueta resignada, contestó con dulzura:

—El señor de Vandanne ha debido decirnos qué lazos me unen á él, señor conde.

—Es cierto, y la ha felicitado por tener una hija tal como vos.

—Si bajo vuestras palabras se oculta la ironía, son muy crueles... y especialmente de vuestra parte son injustas...

—Os han preparado á las mil maravillas, señorita, y lo digo con sinceridad, honrais á vuestro maestro.

—Mis palabras salen de mi corazón y de mi dignidad.

—¡Vuestra dignidad!... ¡Oh! veo que la ambición se os sube á la cabeza... ó mas bien que continuais con perfección el papel que principiásteis en Ivry.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que no habeis perdido nada de vuestra vanidad, á la que reunís una serenidad que no sospechaba yo... y que admiro. Ciertamente la corona de condesa vale algunos esfuerzos y creo que seríais digna de ella.

—En otros términos ¿creis que tengo ambición cuando reclamo el cumplimiento de vuestras promesas?

—Indicad... si no, qué otro nombre se puede dar á ese empeño.

—¿Soy yo quien he ido á vuestro encuentro? ¿Soy yo quien he abusado de vuestra hospitalidad? Para decirlo todo en una palabra, ¿se ha entregado la pobre Enriqueta al conde de Tournil, al gran señor? ¡Ah! si me hubiérais dicho que poseíais esos títulos antes

de arrastrarme, de aturdirme con vuestras palabras doradas y mentirosas, ¿creis vos que todo esto hubiera sucedido?... Sed mas justo y conoced, vos que sois el autor de mi falta, que al infeliz soldado, al proscrito, al fugitivo sin recursos, amenazado en su existencia, es á quien ha cedido la aldeana confiada...

—Pero al conde es á quien persigue hoy.

—¿Quién tiene la culpa, y á quién quereis que pida satisfacción, sino al que me la debe, al que me la ha jurado?..

—Y la reparación tiene algo que seduce, las ventajas que ofrece esplican bastante la persistencia que demostrais.

—No haceis mas, señor conde, exclamó la joven con indignación, que jactaros de vuestra fortuna y de vuestros títulos. ¿Creéis que todo eso me importa algo? ¿Os figurais que es mi corazón tan ruin?

—Quizá me engañe... ¿Considerais vuestro casamiento conmigo como una cosa poco importante?...

—Lo considero como el mas costoso y el mas odioso de los sacrificios; y si os pido que cumplais vuestra palabra, es tambien para obedecer á los que se avergüenzan de mis faltas, y á los que debo una reparación.

—¡Oh! eso es nuevo: estais muy desdenosa para conmigo. ¿Con que es decir que no me perseguís con tanto empeño ni por mí ni por mi posición?

La joven le miró con desprecio al oír aquellas palabras burlonas.

—Vuestra posición, la habeis prostituido para engañar á una pobre joven, la habeis arrastrado por el lodo de una maquinación que castigan las leyes, vuestra persona... desde que la conozco á fondo, ha sucedido al amor un sentimiento que os hago el favor de no nombrar.

—¿El desprecio?...

—Vos lo habeis dicho.

—¡Desventurada!... gritó el conde fuera de sí, pronto á lanzarse sobre ella.

La joven le esperó sin moverse.

—Pero entonces, continuó el conde conteniéndose, ¿por qué quereis efectuar una unión que tanto te repugna?

—Ya os lo he dicho; ¿á qué repetíroslo? No está en mi mano el casarme con el que amo; mi destino me impone un sacrificio... obedezco á mi destino, á la fatalidad.

—¿El que tú amas?... ¿Con que amas á alguien, á otro que á mí? ¿Lo confiesas?

—¿Por qué he de callarlo? Sí, amo, respeto á un corazón noble, que mi propia miseria ha acercado á mí en vez de alejarlo, que ha velado sobre mis días comprometidos por vuestro abandono, que no calcula ni sus sacrificios ni sus penas; amo á Jorge.

El coronel lanzó una de esas carcajadas nerviosas que se le escapaban en semejantes ocasiones.

—¡Jorge!... ¿En verdad?... Vuestra elección no podia haber caído mejor, pues ha olvidado por vos sus deberes de tal modo, que en su regimiento se le ha declarado desertor, y que no se espera mas que su captura para condenarle á muerte.

—¡Dios mío!... Pero no, vos quereis engañarme; mi padre me ha prometido que le sacaría hoy mismo de la cárcel á donde le llevaron por equivocación.

—Vuestro padre puede abrirle las puertas del For-l'Eveque, á donde le condujeron por mandato suyo; mas solo yo soy el árbitro de su vida, y yo nada os he prometido.... Reconoced que soy mas fuerte que vuestros amigos y dejad que me vaya. Esta entrevista se ha prolongado ya demasiado. Mañana, al salir el sol, se reunirá el consejo de guerra, y yo lo presidiré.

—En verdad, prosiguió Enriqueta mirándole con desprecio, que mis amigos, como llamais á los que me protegen contra vos, os conocen mejor de lo que os figurais. Pensabais salir de esta casa para pronunciar la sentencia de muerte y sacrificar á otra víctima... Pero no tendreis esa alegría; el consejo no se reunirá porque ahora que las puertas del For-l'Eveque

se abren para Jorge, vos sois prisionero y vuestra libertad está en mis manos.

El conde conocía y había á menudo admirado las ingeniosas disposiciones que podían convertir la casa de recreo del caballero en una cárcel.

—¡Traición! exclamó con voz ronca. Y vos sois quien sirve de instrumento á esta persecución!...

Reflexionó un momento, y sentándose después prosiguió con su risa burlona:

—¡Sea!... Soy vuestro prisionero, en tanto que ponen en libertad á Jorge, mi rival; pero desengañaos, el consejo está convocado y no es la primer vez que se reúne sin mí; mi teniente me sustituirá, como de costumbre, en mi ausencia; se pronunciará la sentencia y veremos si el condenado podrá librarse de ella mucho tiempo.

—¡No teneis entrañas!

—¡Me defiende! Quereis casaros conmigo á la fuerza, yo me opongo. Me declarais prisionero, yo hago fusilar á vuestro amante.

—¡Fusilar!... repitió la joven con espanto. ¡Ah! no... hablad. ¿Qué precio poneis á su perdón?... ¿Qué exigis?...

—Dos cosas.

—¿Cuáles?

—Primero, renunciareis á las pretensiones que, según vos misma habeis confesado, os son odiosas.

—Renuncio á ellas.

—Luego, me dejareis marchar.

—Bueno, dijo Enriqueta dominada por una preocupación mas fuerte que el cuidado de su propia salvación y la voluntad de su padre.

—Firmad, lo primero, la renuncia, y en cambio hé aquí una licencia cuya fecha atrasada ha de salvar á Jorge.

Había sobre una mesa papel y tintero, y ambos cambiaron sus firmas; Enriqueta, después de guardar el papel de salvación, llamó á un criado.

El útil é infatigable Dubois se presentó.

—Avisad al cochero del señor conde y abridle todas las puertas.

Dubois se inclinó y se marchó, mientras el conde, saludando con una sonrisa mordaz á su libertadora, le lanzaba este sarcasmo por adios.

—Por mi honor, no pueden hacerse mejor las cosas. Cuando me encuentre á vuestro señor padre, le felicitaré... con la punta de mi espada.

XVI.

EL CASTIGO.

El valor del conde de Tournil, en medio de los sucesos en los que se habían revelado en él tantas cualidades negativas, estaba al menos al abrigo de toda sospecha. La amenaza con que se había despedido de Enriqueta, era sincera; sentía la necesidad de vengarse; el lazo que le había armado el señor de Vandanne le oprimía el corazón. Mas como tenía la certidumbre de encontrarle en su día y á su hora, sintió que era preciso antes de todo dejar que se calmara el escándalo de un asunto al que un desafío daría mas eco.

Moralmente, le era también imposible presentarse en París, donde le señalarían con el dedo. Se sentía espuesto á las persecuciones de Vicente, amenazado del fatal contrato, cuyo valor auténtico y cuya existencia no destruiría la renuncia de Enriqueta.

Por estos motivos, en cuanto entró en su palacio de la calle de Sevres, dió orden para que arreglaran su equipaje, echó de cualquier modo en una caja sus objetos de valor, y mandó que fueran á buscar los caballos y que los engancharan á una silla de posta en la puerta del jardín del palacio.

A pesar de toda su actividad, la claridad de la mañana, penetrando al través de las cortinas y luchando con las bugías, le avisó que era preciso partir sin demora, si no quería arriesgarse á que le alcanzaran los personajes cuya presencia tenía en aquel momento.

En el entre tanto, desde media noche se pa-

seaba un hombre en la calle de la Abadía, paralela á la de Santa Margarita, y á la cual daban los jardines de ésta. Era un barrio aislado, estrecho, desierto, que ni siquiera recorrían los rateros en sus escursiones, estando bien seguros de que nada habían de encontrar.

No era, pues, un ladrón, aquel paseante obstinado, tan insensible al frío como al cansancio, silencioso, sufrido como un centinela y atento como un vigía. Su mirada penetrante no se apartaba de una puerta de escape, metida en una alta muralla, por encima de la cual aparecían las copas de los árboles, sino para fijarse con avidez al menor ruido en las revueltas de la calle.

Su actitud, la igualdad de sus pasos, su ademán resuelto, indicaban un carácter inflexible, una resolución enérgica, una convicción íntima de que lo que esperaba fuera un hombre ó otra cosa, llegaría tarde ó temprano; se veía que la fe que transporta las montañas alentaba en él, para realizar lo que esperaba con tanta certidumbre.

Solo una particularidad podía descubrir, bajo aquella apariencia impassible, una tormenta interior. Sus dos manos buscaban de tiempo en tiempo un objeto oculto y sujeto bajo su chaqueta y lo estrechaban con pasión algún tiempo.

El alba que apresuraba los preparativos del conde de Tournil, encontró á aquel hombre sombrío, tan fuerte, tan vigilante como en la primer hora de su espera. Se había trazado una especie de camino de guardia que seguía invariablemente, y cuyo centro era la puerta, objeto de su atención.

Cuando el ruido de la silla de posta que había pedido el conde resonó en la calle, una alegría siniestra iluminó su rostro. Modificó ligeramente su paseo, con objeto sin duda de no escitar la curiosidad del postillon y del lacayo encargados de conducir el equipaje; mas sus manos, cruzadas sobre el pecho, no dejaron ya el objeto oculto, y toda su facultad auditiva se concentró en el jardín que había detrás de las murallas.

Los dos criados del coche estaban hablando sin cuidado, de las órdenes tan estrañas que habían recibido, y estaban seguros de que se trataba por lo menos de alguna aventura amorosa con su correspondiente rapto.

Pero se callaron al ver que se abría la puerta del jardín.

El hombre sombrío dió un salto hasta llegar junto al coche.

No era mas que un lacayo que traía unas maletas.

—Ea, amigos, dijo éste á los otros dos, escuchad. Cargad esto como mejor podais; monseñor viene detrás de mí á toda prisa, y acabo de ver entrar en palacio personas que van á aumentar su mal humor y su impaciencia. Vamos... daos prisa... héle aquí...

El hombre que se había arrimado al coche, dió media vuelta por detrás, y al llegar el señor de Tournil se puso en frente de la puerta con una pistola en cada mano.

—Una palabra, si me haceis el favor, monseñor.

—¡Vicente! exclamó el conde.

—Yo mismo, monseñor.

—¡Paso!... ¡Dejadme pasar!

Al pronunciar estas palabras, desenvainó el conde su espada. Mas poniendo el artesano sin temblar la boca de sus pistolas sobre su pecho, contestó:

—No os movais, ó sois muerto.

—Esto es ya demasiado.

—Dispensadme, monseñor, dijo el tutor de Enriqueta, teniendo aun valor de hablar con ironía á su enemigo, dispensadme; os he pedido una entrevista, y deseo que se verifique sin testigos...

Dando fuerza á estas palabras con sus pistolas, obligó al conde á retroceder hasta el jardín; y cerró con el pie la puerta dejando á los criados sobrecogidos al ver una escena que no comprendían, aunque parecía confirmar sus sospechas respecto al proyecto de rapto.

—¡Habré de encontraros por todas partes! prosiguió el conde indignado.

—Sí, monseñor, por todas partes hasta que cumplais vuestra palabra.

—Si no es mas que eso, vuestra hermana me ha ridimido de ella. Mirad.

Y le enseñó el papel firmado por Enriqueta en cambio del perdón de Jorge.

—No sé por qué medios habeis arrancado este escrito á vuestra víctima; más se que á mí no me basta, y quiero que se ejecute el contrato que le da vuestro nombre para satisfacción de su deshonra.

—Vos estais loco, me habeis armado un lazo con premeditación; venís á esperarme como un asesino, en la calle...

—Que quereis, monseñor; nosotros, pobres patanes, no tenemos vuestros recursos; nos valemos de todos los medios que se presentan. Cuando no se nos quiere hacer justicia por las buenas, procuramos obtenerla por la fuerza. Convendreis sin duda en que no he estado muy mal inspirado al venir á esperaros aquí, en vez de buscaros en vuestro palacio... Vos teneis la culpa de haberme enseñado que las malas acciones buscan los caminos escusados y las puertas secretas.

Un ruido confuso de voces que venía por el lado de palacio, despertó toda la rabia del conde.

—¡Concluyamos!... Pa-aré ó me asesinareis.

—Yo no quiero vuestra muerte, quiero no mas que respeteis mi derecho.

—E e contrato es absurdo; ese casamiento imposible.

—Tened cuidado... murmuró Vicente apretando los dientes.

—Me amenazas, miserable.... gritó el conde...

—No. Os concedo una cosa: tomad una de estas pistolas y que Dios decida.

Pero en lugar de aceptar el arma que su leal adversario le ofrecía, hizo con desprecio un movimiento de hombros.

—¡Iria yo á batirme con un palan?... Esto pasa ya los límites de la burla.

El artesano palideció horriblemente al oír tan grosero insulto. La resignación y la paciencia humanas tienen sus límites: las suyas habían ya llegado á su término.

—¡Señor conde!... señor conde... murmuró Vicente, me estais ultrajando indignamente... y si no fuerais el esposo de Enriqueta...

—¡No lo soy, ni lo seré jamás... gracias á Dios! Desprecio tu odio como su ambición...

El ruido, los pasos se acercaban; se distinguían voces. Quiso añadir el efecto á las palabras é intentó salir.

—¡Miserable! exclamó Vicente; ¡ultrajas á mi hermana después de haberla engañado!... ¡No mas compasión, no mas paciencia!... Y riéndose amenazado por la espada de su enemigo que quería salir á toda costa, le disparó una de las pistolas en medio del pecho, en el momento en que la espada, traspasando su chaqueta, penetraba en sus carnes.

El conde no articuló ni una sílaba, ni un grito; dió una vuelta, estendió los brazos y cayó muerto: la bala le había atravesado el corazón.

Al ruido de la detonación, acudieron las personas que venían del palacio: eran el caballero, Jorge y Enriqueta.

—¡Cielos! ¡Un asesinato!... exclamó el sargento inclinándose sobre el cuerpo de su coronel para ver si aun le quedaba un resto de vida.

Enriqueta había caído de rodillas, ocultando el rostro con sus manos, para no ver tan horroroso espectáculo.

—¿Qué habeis hecho?... dijo el señor de Vandanne.

—Le he quitado á este hombre el honor de mi hermana que me había robado y que no quería devolverme...

Y dando á Jorge el contrato firmado por el conde, prosiguió:

—Amigo mío, no podias casarte con su querida, mas puedes casarte con su viuda.

Esta escena se habia pasado en menos tiempo que la contamos nosotros. Los criados del palacio llegaron á toda prisa y los que se habian quedado con la silla de posta en la calle, habian acabado por sacudir y abrir la puerta del jardin.

Un minuto mas, y Vicente, cogido in fraganti, estaba perdido.

Mas quitando de pronto el caballero sus pis-

tolas, tiró una cerca del cuerpo del coronel, y conservando en la mano la que habia sido descargada, echó á los curiosos una mirada tranquila é imponente.

—Este hombre ha muerto de mi mano, dijo el señor de Vandannes; habia un duelo entre nosotros; le he matado para vengar la afrenta que hizo ayer á mi pupila...

Luego, levantando con ternura á la jóven, le

dió el brazo y se la llevó, seguido de Jorge y de Vicente, pasando por medio del grupo que se inclinó al ver su actitud imponente.

Una escena enternecedora sucedió al poco tiempo á tan terrible suceso. Cuando nuestros personajes se hallaron en su habitacion, pudieron ya desahogar sus indiscretos testigos, su ternura y su emocion.

El caballero estrechó á Enriqueta largo tiem-



Habitante de la aldea de Dagana.

po en sus brazos. No se cansaba de besarla, de contemplarla, y ella, por su parte, aceptaba sus caricias con infinito placer, ll no el corazon de un sentimiento nuevo y de una alegría instintiva, que no podia definir.

El caballero la dejó al fin un minuto para coger la mano de Vicente.

—Amigo mio, le dijo, hasta hoy habeis sido su única familia; ¿no me permitireis que sea yo tambien algo para ella?...

—¿Qué deseais, señor?

—El coronel no ha sido el único culpable; antes que él, otro cometió grandes faltas... ahora quiere que se olviden... Siempre sereis vos el hermano de Enriqueta, pero dejadme que la llame mi hija...

—¿Cómo!...

—Sí, prosiguió el señor de Vandanne con resolucion, mi hija ante todos...

—¿Su hija!... murmuró en voz baja Jorge confundido. Soy perdido... Adios mis sueños y mi felicidad...

—Jorge, le dijo el caballero interrumpiéndole, vuestros sueños llegarán á la realidad, vuestra dicha está en vuestras manos, la sangre ha lavado la afrenta... Enriqueta es digna de vos... ¡Yo, su padre, os la doy!...

Los jóvenes lanzaron un grito unánime de agradecimiento, y el caballero, rodeado de ellos, exclamó, sin poder evitar su expansion:

—Gracias, hijos míos; yo no soy el autor de vuestra felicidad, vosotros sois quienes colmais la mia. Nunca hubiera creído que fuera tan dulce reconocer y enmendar sus faltas.

FIN

COMPROMISO DE CASPE.

(CONTINUACION.)

VI.

La eleccion de los nueve compromisarios causó tal regocijo en todos los pueblos de la corona de Aragon, que muchos la solemnizaron con procesiones y fiestas públicas, cual si con ella tocaran al término de las funestas disensiones que hasta allí habian afligido aquellos Estados. Y en verdad que no era infundada la esperanza, ni vana la alegría, pues con la declaracion de todos esperada, comenzaba á no dudarlo, una nueva era de paz y de ventura. Anuncióse la eleccion de los nueve jueces á los mallorquines, sardos y sicilianos, y comunicóse tambien á muchas personas de elevada categoría, asi naturales como extranjeras, juz-



Vista de la isla Pictou.

gándose que era poca toda la publicidad que se diera al acto de que dependía la suerte de tan dilatados reinos; y bien merecía admiración semejante conducta, no solo en siglos en que la defensa de los derechos se confiaba de conti-

nuo á la fuerza de las armas, sino en edades de mayor ilustración y cultura.

Tan luego como supieron los pretendientes al trono el sitio y la manera de determinar el negocio de la sucesión, enviaron á Caspe sus

procuradores y letrados, para alegar en informaciones, tan fundadas como les fuese posible, sus respectivos derechos. Mas no quisieron los jueces inaugurar sus sesiones, sin seguir fielmente los artículos de la concordia



La Limosna.

de 16 de febrero; y antes de abrir el tribunal severo, imparcial é inapelable, prestaron el juramento solemne de obrar con toda fidelidad y segun les dictare su conciencia. A fin de dar mayor publicidad á tan importante ceremonia, colocóse un altar en la plaza de Caspe,

no muy distante de la iglesia, y despues de haber oido misa, confesado y comulgado, puestas las manos sobre los Santos Evangelios y sobre un precioso crucifijo tallado del madero en que padeció el Salvador y exornado de piedras preciosas, cada uno de los compromisarios pro-

nunció un solemne juramento, concebido en estos términos: «Pública y solemnemente hago voto á Dios, á la Virgen María y á toda la corte celestial, y juro sobre la cruz de Jesucristo y sobre los Santos Evangelios, que procederé en el negocio de la sucesión, y que pu-

blicaré el verdadero rey y señor lo mas pronto posible, segun Dios, justicia, y buena conciencia, pospuesta y alejada cualquier clase de amor, ruegos, temor u odio, como asimismo la esperanza de cualquier premio ó favor, y de toda otra mala voluntad. Juro además que antes de la declaracion de rey no manifestaré, publicaré ó daré á entender á nadie que no sea alguno de los compromisarios, directa ni indirectamente, de palabra, por escrito, por demostraciones, ni de ninguna otra manera, mi voluntad, intencion ó pensamiento, ni el de mis compañeros, hasta el día en que se haga la publicacion solemne.» Terminado este acto y rodeado de ansiosa muchedumbre, atraída no menos por la novedad del gran suceso, que por su inspirada y divina elocuencia, predicó San Vicente Ferrer oportuno y edificante sermón, tomando por tema las palabras: *Fiet unum Fiet et unus pastor*, y explicándolas con aquella claridad y energia, con aquella precision y magestuosa elegancia que avasallaban siempre á cuantos lograron la ventura de escucharle.

Constituidos al día siguiente (18 de abril de 1412) los jueces en uno de los salones de la fortaleza de Caspe, rodeados de sencillez al par que imponente aparato, teniendo á un lado en modestos escaños á los secretarios del Compromiso, y en frente los sitiales que ocuparon los abogados y procuradores de los pretendientes, abrióse, pues, aquel gran pleito dinástico y nacional, siendo los primeros en alegar las razones que asistían á su señor los enviados del duque de Gandía.

Interesante y no menos curiosa debió ser la asistencia de aquel célebre jurado, en que las partes eran príncipes y magnates que disputaban una rica diadema, y en que eran los jueces meros apoderados del pueblo, sabios virtuosos, y ajenos de toda ambicion mundana.

Representábase á la imaginacion del historiador aquellos jurisperitos, honra de la toga española y oráculos de las leyes patrias, apurando toda su ciencia y poniendo en estremo de aprieto su ingenio para convencer á los jueces de la razon que legitimaba las demandas de sus patronos, y pidiendo cada cual para el suyo nada menos que una real corona. Despiertan asimismo la consideracion del filósofo la reverente compostura y el recogimiento con que, acallado el furor de las parcialidades y banderías, olvidaban los oyentes sus particulares afectos, dominados por el gran prestigio de aquel nuevo Areópago; ejemplo digno en verdad de ser imitado en los tiempos modernos, que sin guardar los fueros de la justicia apellidan á aquellos siglos con el título de bárbaros. Y sube de punto la admiracion que en nosotros engendra aquel extraordinario espectáculo al contemplar en el fondo de tan magestuoso cuadro la colosal y simpática figura de un predicador cuyas sienes iluminaban la doble aureola de la virtud y de la ciencia, y cuya voz sublime habia hecho para el cristianismo las mas prodigiosas conquistas. Fray Vicente Ferrer, á quien sus propios contemporáneos elevaron á la adoracion de los altares; aquel ardiente campeón de la fe, que habia volado á su patria para arrojar la oliva de la paz entre los bandos que la inundaban de sangre, brillaba ahora cual nuncio de ventura, en medio del consistorio nacional, siendo para todos prenda segura de que allí donde recayera su fallo, allí debían resplandecer la verdad y la justicia.

Cataluña, Aragon, Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña, todos los Estados que formaban la monarquía aragonesa, y todos los reinos de las Españas, y aun de la Europa meridional, tenían fija su vista en el castillo de Caspe. Pero la historia, mas avara de lo que hoy deseamos no ha revelado todavía todas las circunstancias de aquel celeberrimo proceso: han llegado en verdad á nuestras manos las actas del compromiso; mas ni las arengas ni los escritos que formularon los defensores de cada pretendiente han salvado por desgracia

las tinieblas, en que yacen envueltos. Inútiles han sido por tanto todas nuestras diligencias para trazar con seguridad de acierto las primeras escenas de aquel famoso drama; sin embargo, nada aventuraremos al manifestar que ya desde las primeras sesiones pareció inclinarse la balanza á favor de dos solos pretendientes: el conde de Urgel y el infante don Fernando, cuyos derechos anulaban los alegados por los demás competidores.

Fundábase, no obstante, el duque de Gandía en la inteligencia del testamento de don Jaime I, que excluía á las hembras de la sucesion á la corona, y apoyábase en el mismo conde de Urgel, citando el hecho de que, cuando el rey don Pedro quiso hacer jurar á la infanta doña Constanza, su hija, como sucesora del reino, por carecer de hijos varones, ocurrieron en los Estados de la corona de Aragon tales disturbios, que fue preciso revocar la disposicion del referido monarca. Opúsosele con todo su poder su hermano el infante don Jaime, conde de Urgel, alegando que, segun la opinion pública, él era el presunto sucesor á la corona, y logrando de don Pedro la gobernacion general de reino, cargo que solo obtenían los príncipes primogénitos; empuñando, en efecto, mas adelante el cetro de Aragon. Luego si viviendo don Martin el Humano, hallándose sin hijos, habia sucedido otro tanto; esto es, habia el conde de Urgel obtenido la lugar tenencia del reino como sucesor presunto por la costumbre y designado por la opinion pública, ¿por qué se ponía en tela de juicio el derecho del actual conde don Jaime?

Alegaban además sus defensores que á la sucesion de la corona debían sin disputa alguna ser llamados los varones legítimos. Pero la línea recta masculina del rey don Pedro habia terminado en el rey don Martin, muerto *ab intestato*, y era necesario entrarse á suceder la del infante don Jaime, abuelo del conde, de la cual solo existía don Jaime de Aragon, que como pariente mas cercano del último monarca, tenía mayor derecho, siendo todos descendientes del rey don Alfonso y de la infanta doña Teresa de Entenza. El duque de Gandía, el viejo, estaba en grado igual con el conde de Urgel al rey don Martin; pero procedía, no del rey don Alfonso, sino de don Jaime, cuyos descendientes no debían entrar en la sucesion, sin quedar estinguida la línea y descendencia de don Alfonso, hijo del rey don Jaime: con tales razones rebatían los letrados del conde de Urgel la competencia y el derecho del duque de Gandía. Tampoco importaba (añadían probando el derecho de don Jaime) que muerto el rey don Martin quedase una hija del rey don Juan I, y su hijo Luis, nieto de éste; porque estaba hacia ya tiempo escluida de la sucesion, habiendo sido preferido don Martin, y obstando la renuncia que hizo cuando casó, aprobada y ratificada despues; con lo que mucho menos podia ser llamado á la sucesion Luis su hijo, á quien ella no habia podido trasferir el derecho que no tenía, y que renunció en tiempo en que no era aquel nacido ni concebido. Mas si pudiesen ser llamadas para obtener el cetro de Aragon las hembras, la infanta doña Isabel, condesa de Urgel, y hermana del mismo monarca que fallecido *ab intestato*, debía ser preferida. ¿De qué manera mejor (decían los mismos letrados) se cumpliría la voluntad de don Jaime y demás reyes que establecieron recayese el reino en sus sucesores y descendientes por línea masculina sin interrupcion alguna? ¿Y de qué modo podia complacerse mejor al pueblo de Aragon, que deseaba como sus reyes, fuesen aquellos Estados regidos por príncipes naturales, sino quedando el cetro en los condes de Urgel, en quienes concurrían estas circunstancias? Debían así perpetuarse las glorias aragonesas, subsistiendo tambien la memoria, apellido, armas, nombradía, honra, dignidad de sus antiguos monarcas. Y en verdad, proseguían, que ni el duque de Gandía ni el infante don Fernando atesoraban tantos títulos; pues además de descender este último del linaje de los reyes de Castilla, que tanto tiem-

po sustentaron guerra y fueron enemigos declarados de los reyes pasados y vasallos suyos, era natural de diverso reino y descendiente de hembra, que estaba del todo escluida de la sucesion á la corona, y no constituía linaje: ni habian de tomar por rey un extraño, habiendo tantos naturales descendientes por línea masculina de los reyes de Aragon.

(Se continuará.)

LA ALDEA DE DAGANA.

La aldea de Dagana es el país del Wall (Africa Occidental) está dividida en dos partes; una perteneciente al Wallo, está gobernada por Diombonak; la otra perteneciente al Futa, tiene por jefe un morabito nombrado siempre por el almamy. En la inmediacion se encuentra un arroyo donde abunda el pescado; este arroyo lleva el mismo nombre que la aldea. En Dagana se fabrican, como en Yangue y en Dombó, en el arroyo de Tahue, diferentes objetos de alfarería, y particularmente vasijas de barro llamadas *canari* y pipas de que hacen gran uso los indígenas. Las mujeres griotas pasan por las mas hábiles obreras del país en este género de industria. Dagana paga tributos á los akenib, de la nacion de los moros trazaras.

El puesto francés de Dagana está mandado por un oficial de infantería; tiene una guarnicion de treinta soldados negros y una docena de piezas de artillería de hierro. Esto basta para hacerse temible á los habitantes del Wallo y á los moros, que son á quienes mas se puede temer. En otro tiempo habia un cirujano agregado á aquel puesto; pero hace algunos años se ha dejado por economía de dar este destino á los oficiales de sanidad de la colonia. No se puede menos de deplorar que haya sido así, porque Dagana y Richard-Toll que componen un personal de treinta soldados y que ambos se aprovechaban de los cuidados de este cirujano, están privados hoy de los socorros médicos. El puesto de Dagana es una especie de edificio regular cuya fachada que da sobre el río presenta el aspecto de una casa ordinaria; el alojamiento de la guarnicion y del comandante ocupa aquel lado: los muros tienen una altura de dos metros y medio; los ángulos están guarnecidos de cañones.

LA LIMOSNA.

Quién dá á los pobres no le faltará. Así dice el *Libro de los Proverbios*, y así es en efecto. Hay quien parece rico, no teniendo nada, y hay quien parece pobre, teniendo muchas riquezas. Quien amontona riquezas por usuras y logro, las allega para el liberal con los pobres. Hay una casta que por dientes tiene espadas, y masca con sus muelas, para comer los desvalidos de la tierra, y los pobres de entre los hombres.

LA ISLA PICTON.

La isla Picton, que visitó Parker Snow al recorrer las islas Falklands y la Patagonia, le pareció de una belleza y fertilidad asombrosa. Sus habitantes se mantienen de la caza y pesca, por todo trage usan una pequeña piel que les cuelga de los hombros, y cuando les aqueja el hambre son verdaderos caníbales. Fabrican ingeniosamente arcos, flechas, lanzas, canoas, cestas y redes. Su puntería es tan segura que una piedra arrojada por ellos rara vez yerra, y produce además el efecto de una bala de fusil.

EN EL CAMPO.

El amor nos hace soñar.
Sus fantasías son diversas, segun las circunstancias que las producen.
Pensad en él durante los meses de primavera, y sentireis una dulzura inesplicable al re-

Crearos en los encantos del sentimiento que abrigais.

Entonces emana del cielo. Su perfume es tan suave como el de las flores con que se viste el campo y el jardín.

El amor es la teoría de la belleza. La belleza es la perfección. La perfección es la virtud. El amor es la virtud.

En el verano el amor abrasa, como los rayos del sol ardiente.

La atmósfera de fuego de esta época nos envuelve en su aliento.

El amor es placer.

La gravedad y el silencio del otoño nos dicen. Amor, es la reunión de dos almas en el santuario de la divinidad.

Amor, recogimiento y virtud. Culto á la religión suprema.

El invierno grita. El amor es la familia.

La noche con su dulzura. El cielo sembrado de estrellas. La tierra callada, elevan el pensamiento á las regiones del idealismo.

El amor es armonía.

El estruendo de los festines; la fantástica embriaguez del baile, turban el espíritu.

Amor, relámpago que deslumbra. Nectar que enloquece.

La campiña silenciosa se presenta á nuestros ojos.

El horizonte se dilata, y la imaginación al perderse en sus espacios, se eleva al infinito.

Siempre la naturaleza es hermosa.

Flores, árboles, arroyos, en la tierra. Pájaros y nubes en el aire. Luz y colores por todos lados.

Un pensamiento brota del corazón.

La soledad convida á pensar. El campo obliga á amar.

Pensamos en el amor.

¿Quién no ha soñado alguna vez con el campo? ¿Quién no ha colocado en su apacible morada al ángel de sus sueños?

Nadie.

Vivir dos esposos lejos del ruido; sin poder separarse; sin que nada turbe sus horas de misterio. Tener al cielo y la tierra por únicos testigos de su dicha.

¡Oh! ¡Qué dulce paraíso!

La soledad contribuye á aumentar el amor.

Un instinto secreto nos hace soñar con el retiro.

Dos corazones unidos siempre y alejados del estruendo del mundo, se estrechan mas en sus afectos, se identifican mas en sus inclinaciones; llegan, por último, á conocerse.

Nada de esto se puede hacer en la vida de la sociedad.

En el campo, se forma y se educa mejor el corazón de una esposa.

Si queréis poseer el cariño de la mujer que amais, llevadla al retiro de los campos. A solas con la naturaleza y su marido que la ama, no hay duda que su corazón y el vuestro vendrán á confundirse en uno mismo.

El amor es un misterio.

Para encarnarlo en el alma; para poderlo comprender, es preciso trabajar.

Huid el combate de la vida, al empezar la obra de iniciación.

Concluida esta; seguros de poseer para siempre el corazón educado en el misterio de la soledad, volved, si os place, al mundo.

Nada importa ya, su bullicio ni su agitación.

La semilla sembrada en el silencio, fructificará poderosa, entre los gritos de la vida.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

NOCTURNO.

EL REY HARALD HARFAGAR.

El rey Harald Harfagar habita en lo profundo del Océano con una hermosa hada del mar; los años pasan y pasan.

Sujeto por los encantos y atractivos de la ondina, no puede vivir ni morir; ya hace doscientos años que dura su dulce martirio.

La cabeza del rey reposa en el seno de la

tierna encantadora, cuyos ojos contempla con amorosa languidez; no puede nunca mirarlos bastante.

Sus cabellos de oro se han vuelto plateados, sus mejillas descarnadas se han vuelto amarillas y su cuerpo está marchito y rendido.

A veces sale de pronto de sus sueños de amor, cuando las olas zumban con violencia encima de su cabeza y cuando tiembla su palacio de cristal.

A veces, cree oír por encima de las olas y en el viento que pasa, un grito de guerra normando; entonces se levanta sobrecogido, se estremece de alegría, estiendo los brazos, mas sus brazos vuelven á caer pesadamente.

A veces, cree oír por encima de él á los marinos que cantan y celebran en sus canciones heroicas las hazañas del rey Harald Harfagar.

El rey entonces gime, solloza y llora con todo su corazón. La hermosa Ondina se inclina cariñosamente sobre él y le da un beso con su boca riante.

ENRIQUE HEINE.

¿QUIÉN ES ELLA?

LETRILLA.

¿Veis esa niña graciosa
Mas blanca que la azucena,
Cuyas mejillas de rosa,
Cuya mirada serena
Y cuyos ojos de cielo
Encantan al que la mira.
¡Ay! pues esa que me inspira
Esa por quien me desvelo
Esa que mirais tan bella...
Esa es ella.

Esa del rubio cabello,
Del talle flexible y breve,
Esa, que ostenta en su cuello
La blancura de la nieve;
Esa belleza, á quien ama
Delirante el pecho mío,
Que siempre á mi lado ansío,
Esa, á quien el alma llama
Mi única guía, mi estrella...
Esa es ella.

Esa, por quien nacen flores,
Por quien hay prados y fuentes,
Y pájaros trinitores,
Y cascadas y vertientes,
Esa, por quien yo deliro
Y cuyos desdenes lloro,
Esa niña, á quien adoro
Y á quien envío un suspiro
En esta amante querella...
Esa es ella.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

CUENTOS MORALES.

ZUMA Ó EL DESCUBRIMIENTO DE LA QUININA.

A mediados del siglo XVII, el encono de los indios contra los españoles, existía aun en toda su energía; tradiciones demasiado fieles conservaban entre aquellos pueblos oprimidos el recuerdo horrible de la crueldad de los vencedores. Estaban subyugados y no sometidos. Los españoles no habían conquistado sino á unos esclavos y no dominaban mas que por el terror. En aquella época, un virey mas severo que cuantos le habían precedido, avivaba en extremo su odio impotente y oculto. Su secretario, ministro riguroso de sus voluntades arbitrarias, se distinguía por su insaciable avidez; los indios lo odiaban aun mas que al virey. El secretario murió de repente; los síntomas horribles que precedieron á su muerte, hicieron creer universalmente que había sido

envenenado por los indios. Buscaron á los culpables, sin poderlos descubrir. Semejante acontecimiento hizo mucho ruido, pues no era aquel el primer crimen de este género entre los indios. Se sabía que conocían muchos venenos mortales: mas de una vez se les probó que los habían empleado; pero ni los tormentos ni la muerte habían podido hacerles declarar tan funestos secretos.

Entre tanto fue llamado el virey á su patria; la corte de España nombró en su lugar al conde de Cinchon. El conde, en la fuerza de la edad y dotado de las cualidades y de las virtudes que pueden conciliar los espíritus y cautivar los corazones, se había casado, hacia poco tiempo, con una dama joven y amable á quien adoraba y de quien era apasionadamente amado. La condesa quiso seguir á su esposo, mas éste, temiendo el odio y la perfidia de los indios, deseaba que se quedara en España, á pesar del dolor que le causaba la idea de tan larga separación. La condesa estaba profundamente penetrada de terror al pensar en que su esposo iba á encontrarse espuesto á todas las tenebrosas conspiraciones que fraguaban el odio y la venganza. Hechos recientes y sobre todo relaciones exageradas, hacían que fueran mirados los indios como viles esclavos, dóciles en apariencia, aunque capaces de fraguar en secreto las mas negras y criminales traiciones. Se contaban cosas sorprendentes de la inconcebible sutileza de los venenos de aquellos países, y esto en verdad no era exagerado. El temor que inspiraban á la condesa tan funestos relatos la decidió á acompañar al virey, con el fin de velar sobre él con toda la vigilancia de la mas tierna esposa. Se llevó consigo á algunas damas españolas que debían componer su corte en Lima. Entre ellas se encontraba su amiga íntima de la niñez: Beatriz (este era su nombre) tenía solo algunos años mas que la vireina, pero el cariño que le profesaba era tan grande que parecia el de una tierna madre. Había hecho cuanto había podido para que la condesa se quedara en Madrid; viéndola al fin resuelta á partir, declaró que la acompañaría en su viaje. Los indios, sin embargo, satisfechos de verse libres de su virey, no se hallaban mejor dispuestos con el que iba á sustituirle; era español y por consiguiente no esperaban de él mas que injusticia, avidez y tiranía. En vano oían decir que el conde era bueno, humanitario y justo; entre sí repetían: ¡es español!... Esta palabra, para ellos, decía todo lo que el odio puede espresar con mas energía. La religión no había aun aplacado tan impetuosos resentimientos: no habían cuidado de hacerles conocer su moral sublime: se habían circunscrito á enseñarles algunas prácticas exteriores, pero los salvajes conservaban entre sí gran parte de sus supersticiones y de su antigua idolatría.

Los indios, en su miseria, ejercían desde la conquista de América una venganza secreta, que ningún español había llegado á sospechar; se habían visto obligados á entregar á sus opresores todo el oro y todos los diamantes que poseían, pero les ocultaban tesoros aun mas útiles á la humanidad.

Al abandonarles todo el lujo de la naturaleza, se habían reservado exclusivamente los verdaderos beneficios. Ellos solos conocían contravenenos activos, maravillosos antidotos que la naturaleza previsora, ó para hablar con mas propiedad, la Providencia ha puesto allí para remediar los males extremos. Los indios solos conocían tambien las propiedades admirables de la corteza de la quinina, y por un pacto solemne y fielmente observado, por los juramentos mas terribles y á menudo renovados, se habían obligado entre sí á no revelar nunca á sus opresores tan importantes secretos.

(Se continuará)

MADAMA DE GENLIS

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable. Fernando Gaspar.

EL PREMIO

Vals Para Piano

por

DON F. LAHOZ.A la Señorita D.^a Celestina Molina y Frias.**INTRODUCCION****VALS**